

## **PSICOANÁLISIS Y FEMINIDAD. LA MUJER Y SU MALESTAR POR LA CULTURA**

**MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN**

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: [mitzi.miriam.l@gmail.com](mailto:mitzi.miriam.l@gmail.com)

Recepción: 17 abril de 2022/ Aceptación: 03 junio de 2022

### **RESUMEN**

El artículo describe, cómo el discurso social que gira en torno a la mitificación y devaluación de la feminidad, incide en la subjetividad de las mujeres para que ellas exterioricen malestar por la cultura, más particularmente hacia los ideales y mandatos de género que configuran un ideal femenino, mismo que ordena a la mujer a no poder ser sujeto, sino objeto. Un ideal que refuerza la docilidad, la inhibición de la agresividad, la sexualidad, y crea condiciones para la violencia de género.

Lamentablemente no es posible la igualdad de los sexos, en tanto que la diferencia es fundante, tiene que ver con la producción misma de la cultura; el malestar inducido por esta diferencia irreductible impone una carencia, una castración, que es requisito para que haya deseo. No obstante, la situación de la feminidad podría mejorar, si los esquemas de género fueran menos desfavorables para la mujer, dado que la diferencia no debería sustentarse en ninguna superioridad del hombre sobre la mujer, sólo es una condición necesaria para que pueda haber sujeto y cultura.

En este apartado, se pretende aportar a la clínica psicoanalítica, en la comprensión del sufrimiento femenino, que hacen difícil ser una mujer nuestra cultura.

**PALABRAS CLAVE:** cultura, feminidad, género, malestar, diferencia de los sexos, mujer, psicoanálisis.

## **SUMMARY**

The article describes how the social discourse that revolves around the mythification and devaluation of femininity affects the subjectivity of women so that they express discomfort with culture, more particularly towards gender ideals and mandates that make up an ideal. feminine, the same that orders the woman not to be able to be a subject, but an object. An ideal that reinforces docility, the inhibition of aggressiveness, sexuality, and creates conditions for gender violence.

Unfortunately, equality of the sexes is not possible, while the difference is fundamental, it has to do with the very production of culture; the discomfort induced by this irreducible difference imposes a lack, a castration, which is a requirement for there to be desire. However, the situation of femininity could improve if the gender schemes were less unfavorable for women, given that the difference should not be based on any superiority of men over women, it is only a necessary condition for there to be a subject and culture. This section aims to contribute to the psychoanalytic clinic, in the understanding of female suffering, which makes it difficult to be a woman in our culture.

**KEYWORDS:** culture, difference between the sexes, discomfort, femininity, gender, woman, psychoanalysis.

**RÉSUMÉ:** L'article décrit comment le discours social qui tourne autour de la mythification et de la dévalorisation de la féminité affecte la subjectivité des femmes afin qu'elles expriment un malaise face à la culture, plus particulièrement envers les idéaux de genre et les mandats qui composent un idéal féminin, celui-là même qui ordonne la femme. ne pas pouvoir être un sujet, mais un objet. Un idéal qui renforce la docilité, l'inhibition de l'agressivité, de la sexualité, et crée les conditions de la violence de genre.

Malheureusement, l'égalité des sexes n'est pas possible, alors que la différence est fondamentale, elle tient à la production même de la culture ; le malaise induit par cette différence irréductible impose un manque, une castration, qui est une exigence pour qu'il y ait désir. Cependant, la situation de la féminité pourrait s'améliorer si les schémas de genre étaient moins défavorables aux femmes, étant donné que la différence ne doit pas être fondée sur une quelconque supériorité des hommes sur les femmes, elle n'est

qu'une condition nécessaire pour qu'il y ait un sujet et une culture. Cette section vise à contribuer à la clinique psychanalytique, à la compréhension de la souffrance féminine, qui fait qu'il est difficile d'être une femme dans notre culture.

**MOTS CLÉS:** culture, différence des sexes, féminité, femme, genre, inconfort, psychanalyse.

## **INTRODUCCIÓN.**

Este escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer presentes en la feminidad [1]. Se exponen las vicisitudes y complicaciones que atraviesan las mujeres a razón de los significados que implanta el discurso cultural en la subjetividad femenina, con el afán de comprender por qué algunas mujeres, exteriorizan malestar y desagrado por ser mujer en nuestra sociedad.

Sabemos que la categoría de género es una construcción cultural de la diferencia sexual, el género pone en evidencia las diferencias entre hombres y mujeres. Freud en 1925 [2], plantea que las diferencias anatómicas de los cuerpos producen distintas posiciones psíquicas entre los sexos. Por lo que, tanto las mujeres se encuentran en posición de desigualdad entre los hombres, pero también los hombres se encuentran en posición de desigualdad entre las mujeres.

Los hombres y mujeres son cautivos del género, y ello les afecta a ambos, pero de manera diferenciada. Si bien el presente trabajo se limita a dar cuenta de la problemática de la mujer para con la cultura, no quisiéramos dejar de señalar, que así como algunas mujeres pueden llegar a presentar malestar en su feminidad que subyace del discurso social; los hombres aunque de manera distinta, también pueden llegar a exteriorizar malestar procedente dicho discurso, aquello que la sociedad estipula sobre lo que debe ser la masculinidad. Aun así, sin querer mermar la problemática masculina, podemos coincidir que tanto en el ámbito psíquico y en el ámbito cultural, las mujeres se encuentran en condiciones diferentes a las del hombre. La feminidad, tal cual está constituida en el psiquismo e instituida en el imaginario cultural, conlleva a que muchas mujeres de todas las épocas hayan presentado algún tipo de malestar y displacer en el terreno sexual, social, familiar, intelectual, etc., no se puede negar que la cultura despliega mayor peso de la ley sobre la feminidad. Freud en

1937 [3], distinguió claramente en sus observaciones clínicas, la desautorización que existe hacia la feminidad en la vida anímica de los seres humanos, que sin duda alguna persiste hasta nuestros días.

En el presente trabajo, se discute la imposibilidad de la igualdad de género, sabemos que para algunos autores que se apegan a la teoría freudiana, la problemática femenina tiene mayormente su origen en la herida psíquica del complejo de castración, en cambio otros autores sostienen que el problema deviene principalmente de factores culturales que inciden negativamente en la subjetividad de la niña/mujer. Por nuestra parte nos inclinamos a pensar que las dificultades que atraviesa la niña en el desarrollo hacia su feminidad, no devienen, ni de lo uno, ni de lo otro en solitario, sino más bien de ambos. Por un lado, es indiscutible que el discurso cultural que se transmite sobre lo que significa y debe ser una mujer, repercute desfavorablemente en la estructuración y la subjetivación femenina; dado que la niña irremediamente debe sortear el impacto de una feminidad devaluada y mitificada establecida por la cultura. Pero por otro lado, coincidimos con Martha Lamas en 1994 [4], en que no debemos caer en la confusión de conceptualizar la diferencia sexual, sólo como una de tantas diferencias sociales sin considerar lo escindido del sujeto; el psicoanálisis ha mostrado cómo la estructuración psíquica, se realiza fuera de la conciencia y de la racionalidad de los sujetos, por eso el sujeto desde una perspectiva freudiana, es una persona escindida con deseos y procesos inconscientes, en donde el complejo de castración condiciona la estructuración de la identidad psíquica que constituye a mujeres y hombres como sujetos. De esta forma, en la construcción de la feminidad, participan tanto elementos del ámbito psíquico y del ámbito social, y la diferencia sexual será fundante como estructurante psíquico.

Cabe aclarar que para los fines este artículo, en este apartado no se profundiza demasiado en las vicisitudes de la castración de la mujer, sino en su malestar por la cultura, el cual incide intrasubjetivamente en su posición femenina. Sin embargo, se retoman algunos aspectos de las vicisitudes de la castración, dada su relevancia en la estructuración de la feminidad y en la constitución de la subjetividad.

En nuestro recorrido repasaremos sobre la mujer y su malestar por la cultura; se plantea cómo lo que tradicionalmente puede definirse como femenino en la sociedad,

evidentemente coloca a la mujer en cierta desventaja en comparación con los privilegios de los hombres. La cultura devalúa a la feminidad a través de ideales y mitos que innegablemente empujan a la mujer a sofocar su agresividad, la sexualidad, sus potencialidades y a no ser sujeto en sí misma, esto es, a no poder acceder a una subjetividad que le de propiedad sobre sí misma y sobre su vida.

## **DESARROLLO**

Freud en 1932 [5] menciona que masculino y femenino es una de las diferencias que hacemos cuando nos encontramos con otro ser humano, no obstante aclara que hacer tal distinción no es tarea sencilla, toda vez que en la anatomía y en las cualidades anímicas se combinan lo uno y lo otro, lo que da el indicio de una bisexualidad tanto anatómica como psíquica que complica hacer una división tajante; aun así distinguirá una generalidad: masculino=activo, femenino=pasivo; al observar por ejemplo la frecuente predilección de las mujeres por las metas pasivas; o bien el factor de la agresión en el carácter masculino, en contraparte con la tendencia de la mujer a sofocarla, por su propia constitución y porque la sociedad se lo impone, favoreciendo intensas mociones masoquistas. Incluso Freud en 1924 describió el masoquismo “como una expresión de la naturaleza femenina” (167) [6]. Con dicha expresión se podría pensar que el masoquismo es auténticamente femenino, no obstante Freud previno que con frecuencia se puede encontrar el masoquismo también en varones. De tal forma, no se puede saber a ciencia cierta, lo que es propiamente dicho femenino o masculino, pero de acuerdo a ciertas individualidades hay más de uno que de lo otro, lo que conduce a la mujer a una tendencia al sufrimiento y como correlato a la pasividad.

## **VICISITUDES DE LA CASTRACIÓN**

Freud [5], aclara que el psicoanálisis no pretende describir qué es la mujer, al ser una tarea de solución casi imposible para él, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir de la niña con una disposición bisexual. Primero, los dos sexos parecen recorrer el mismo camino en las primeras fases del desarrollo libidinal oral y anal. Con el ingreso a la fase fálica la niña se comporta como un pequeño varón, ambos niño y niña se procuran sensaciones placenteras en sus genitales. Freud

en 1923 [7], puntualizará que al inicio de la fase fálica, la zona erógena rectora de la niña sin duda alguna se sitúa en el clítoris, siendo que la masturbación se realiza en esta zona. Pero con la vuelta hacia la feminidad, el clítoris debe ceder en todo o en parte su valor y sensibilidad a la vagina. Ésta es una de dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, cambiar la zona erógena del clítoris por la vagina, lo que no sucede en el caso del varón, quien continúa hasta su madurez sexual con la misma zona erógena rectora. La segunda tarea que debe realizar la niña es el cambio de objeto. Al inicio la madre es el objeto de amor tanto para la niña como para el niño, en el caso de este último lo seguirá siendo en el Edipo y durante toda la vida; en cambio para la niña en el Edipo, es el padre quien ha devenido objeto de amor y se espera que en el curso del desarrollo normal ella encuentre desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto.

Freud 1925 [2], incluye el cambio de zona erógena y cambio de objeto, como parte de las vicisitudes de la castración, son consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. La niña debe atravesar varias vicisitudes en el complejo de castración; el descubrimiento de la falta de pene, conlleva el sufrimiento de una herida narcisista que hace que sobrevenga la envidia del pene. Freud en 1924 [8], explica que la niña ante la falta de pene, intenta por resarcirse; de este modo se extraña de la madre y entra al Edipo, ahí el deseo de recibir un pene, se desplaza por el deseo de parirle un hijo al padre. El Edipo es abandonado poco a poco, sin embargo, ambos deseos; el de poseer un pene y el de recibir un hijo del padre, permanecen en el inconsciente con una fuerte investidura, lo que hace a la mujer proclive a la manifestación de síntomas y dificultades en su ser femenino.

Freud en 1931 [9], nos dice que cuando la niña reconoce el hecho de su castración y como consecuencia la supuesta superioridad del varón y su propia inferioridad, derivan tres orientaciones de desarrollo: una inhibición sexual o neurosis; un complejo de masculinidad; y la feminidad normal.

A su vez Freud en 1905 [10] especifica qué con la oleada represiva de la pubertad, las mujeres eliminan la virilidad infantil, lo cual condiciona la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria, pero al mismo tiempo, tales condiciones se entranan con la naturaleza de la feminidad.

Entonces bajo la mirada de Freud, primero la niñita comienza como un hombrecito, ama activamente a la madre, hasta que en la fase edípica descubre que ella y la madre carecen de pene; se instituye así, una herida narcisista que establece un sentimiento de inferioridad, mismo que la lleva a la envidia del pene, lo cual es inevitable; en tanto que la mujer ambicione ese emblema de poder y el deseo, hace posible el aflojamiento de los vínculos con la madre, será su esfuerzo por obtener el falo que le falta, lo que la conduce a la posición de ser el objeto del padre. La niña pasa del amor a la madre, al amor al padre, pasa de la actividad a la pasividad; porque debe hacerlo, sólo así deviene su feminidad. Esta posición sexuada de la mujer, vale decir, la aceptación de status de objeto y pasividad como sellos femeninos dentro de la subjetividad fémina, es lo que la cultura refuerza hasta nuestros días, aun cuando muchas mujeres hoy en día lo intentan cambiar, empero, son ideales y mandatos de género que configuran un ideal femenino.

### **MALESTAR POR LA CULTURA**

Freud en 1930 [11], nos mostró el malestar que genera la cultura en los seres humanos, a causa del antagonismo que existe entre las pulsiones y las restricciones impuestas por la cultura, malestar que corresponde a hombres y mujeres, no obstante, destacó una mayor oposición de las mujeres hacia la cultura; sus intereses se encontraban del lado de la familia y de la vida sexual, y no hacia el trabajo de la cultura que consideraba un asunto mucho más cercano a los varones.

“Lo que usa para fines culturales lo sustrae en buena parte de las mujeres y de la vida sexual: la permanente, convivencia con varones, su dependencia de los vínculos con ellos, llegan a enajenarlo de sus tareas de esposo y padre. De tal suerte, la mujer se ve empujada a un segundo plano por las exigencias de la cultura y entra en una relación de hostilidad con ella” (101) [11].

Si bien han pasado casi ya 100 años de esta afirmación, pensamos que la hostilidad de la mujer por la cultura sigue vigente, no sólo por la razones que manifestaba Freud, sino por la cuestión de la diferencia de los sexos, más particularmente las diferencias culturales entres los géneros, que podemos coincidir, ocupan un lugar central entre las causas del malestar en la cultura en hombres y mujeres hoy en día, pero que sin duda

alguna, son las mujeres las que demuestran mayor descontento al respecto.

Errázuriz en 2016 [12], afirma que hombres y mujeres son prisioneros del género, situación que afecta a ambos, pero de manera diferenciada, puesto que no ocupan un status equivalente como sujetos escindidos. Las desigualdades entre los géneros, evidentemente muestran que los hombres como colectivo ocupan una posición superior, tienden a ejercer una dominación hacia la mayor parte de las mujeres en muchas sociedades, derivado de que existen fuerzas sistemáticas que generan, mantienen y reproducen las relaciones genéricas de dominación.

Dio Bleichmar, E. en 1997 [13] hace hincapié en que la cultura despliega el mayor peso de la ley sobre la feminidad. La mujer al asumir el sostén del cuidado de la vida y de la sexualidad ligada al amor, garantiza el paso de la naturaleza a la cultura, aunque para ello deba reprimir su propio deseo sexual y el de su hija. Es la madre la encargada de instituir y velar el lado conservador y civilizador de los seres humanos. El hombre por su parte también lo inducirá y lo exigirá, pero es ella, la pecadora ante la ley divina quien deberá asumir mayormente la responsabilidad.

Dio propone que “la sexualidad humana es cultural: se trata de un sistema múltiple determinado y normativizado que denominamos sistema sexo-género...es el género el que configura y normativiza a la sexualidad” (25) [13]. Aunque la autora se adhiere a pensar que la sexualidad humana es cultural, no pretende aseverar que las diferencias anatómicas y sus consecuencias psíquicas no contribuyan a la división del hombre y de la mujer en seres sexuados, sino que se debe considerar que no son el eje exclusivo. Postula que las múltiples instituciones simbólicas participan mayormente en la estructuración de la sexualidad humana y la diferencia sexual, y que además el núcleo de la identidad de género se establece antes de que haya un reconocimiento de las diferencias anatómicas.

## **UN IDEAL FEMENINO PARA LA CULTURA**

Dio Bleichmar [13], pondera que la cultura transmite contenidos falsificadores que se convertirán en un imperativo de género que opera como prescriptivo, su cumplimiento o no, tendrá una enorme repercusión e incidencia sobre el narcisismo en la organización superyoica de la mujer, se organiza un ideal de género como modelo, conformándose



el yo de acuerdo al prototipo de las instituciones de lo simbólico, un producto cultural que definirá a la feminidad, es así que para transformar la naturaleza del fantasma y de las identificaciones se deben reescribir los mitos, la narrativa para la mujer.

Levinton, N. en el 2000 [14], señala que los ideales y mandatos de género, configuran un ideal femenino que prescribe el cuidado de las relaciones, y la valoración de las experiencias emocionales, sobre otras actividades del ámbito público. Habrá un proceso de narcisización del apego que irá construyendo su subjetividad, en donde amar y ser amada ocupará el epicentro de su mundo interno. Así, el marco social reglamentará para las mujeres la búsqueda de aprobación y/o amor; se preocuparán más por el cumplimiento de los pactos implícitos en las relaciones que por las demandas de la realidad; un ejemplo de ello, es cuando en la madre de un drogadicto prevalece la fuerza del mandato de proteger al hijo, sobre la codificación de trasgresión de la legalidad. Estas observaciones de la autora llevan a la reflexión, de que paradójicamente aquello que promueve el marco social como normativo de género para las mujeres, es precisamente lo que las confronta con los intereses de la cultura; advertimos que la inobservancia de la valoración moral y/o ética de algunos contenidos sociales en favor del cuidado de los vínculos emocionales, coloca algunas veces a la mujer, entre el dilema de ser femenina o el cumplimiento de las leyes jurídicas.

El modelo de feminidad naturaliza la ecuación: mujer=madre; aquí lo contradictorio para ella, es que la crianza de un hijo se desvalore abiertamente en nuestra cultura, por un lado se minimiza el esfuerzo y el trabajo de la función materna y por otro, no se obtiene reconocimiento social en comparación con otras responsabilidades. Ser madre no da el mismo prestigio que ser profesionalista, pero a pesar de esta falta de reconocimiento, la cultura responsabiliza y culpa a la madre unívocamente de los defectos de la modalidad de crianza. [14].

Montevecchio en [15] precisa que la mujer, sigue inscrita en la disyuntiva de perder el amor del otro, en un contexto social en el cual las funciones adjudicadas a ella por la cultura, son complementarias a las del hombre y no gozan de prestigio social, ni tampoco tienen un valor de cambio en un mundo donde rigen las leyes del mercado.

Sus aspiraciones tienen que ser postergadas en aras de un rol de esposa y madre consagrado por la cultura.

Benjamín, J. en 1996 [16], manifiesta que a veces es impresionante la realidad de la condición de la mujer, a pesar que desde hace mucho tiempo se ha determinado lo que debería ser justo para las mujeres. La situación es que ni siquiera ciertos reclamos mínimos de igualdad en relación con los hombres se han satisfecho, y que esto es en gran medida obra de la cultura, de los ordenamientos sociales.

Es cierto que no tenemos ninguna imagen o símbolo femenino para equilibrar el monopolio del falo en la representación del deseo. Aunque la imagen de la mujer se asocia con la maternidad y la fertilidad, la madre no es articulada como un sujeto sexual, como alguien que desea algo para ella misma, sino todo lo contrario (114) [16].

Y sí, la condición de la mujer es para sorprenderse, pues aun cuando en la actualidad la sexualidad se separa de la reproducción, aparece la imagen alternativa de la mujer fatal, lo cual tampoco significa una subjetividad activa en la mujer, será la mujer sexi como objeto, sigue sin tener una imagen como sujeto. Para Benjamín, el malestar de la mujer por la cultura, es no poder ser sujeto, sino objeto; es no tener un deseo activo propio, sino ser el objeto de deseo de algún otro. “Ser mujer en nuestra cultura es aceptar la abrogación de la propia voluntad, vivir para otro” (115) [16].

Si una mujer no tiene ningún deseo, tiene que basarse en el hombre que es quien lo posee, con consecuencias potencialmente desastrosas para su vida psíquica. Ésta situación podría evitarse en gran medida, si la obra de la cultura, de los ordenamientos sociales cambiaran, sin embargo, hasta el momento los cambios actuales para legitimar a la feminidad en condiciones más igualitarias, siguen siendo insuficientes [16].

La idealización de la maternidad que se encuentra en la política cultural feminista y antifeminista que intenta redimir a la mujer (el poder de las faldas), conlleva a la desexualización y la falta de deseo de la mujer. Asimismo, la “mujer sexi” meta de la liberación sexual, coloca a la mujer en posición de objeto de deseo. De ésta manera; “la libertad y el deseo siguen siendo un dominio masculino no desafiado” (118) [16].

Kurnitzki en 1992 en [15], indica que para muchas mujeres la vida social nace a partir

del ritual del casamiento, donde la sexualidad femenina se aniquila y sojuzga, ubicándola como un producto cultural del hombre, quedando reducida nuevamente a su capacidad reproductiva.

Otro ideal femenino que genera malestar, es que la mujer suele ser definida socialmente por el atributo de su belleza. Dio Bleichmar [13] habla de que el cuerpo entero de la mujer es el sostén de la identidad femenina y el narcisismo del yo-género. Es la sexualización del cuerpo de la mujer, por lo que es tratado como órgano sexual en los formatos vigentes de feminidad, y esta sexualización en la tipificación de la feminidad, constituye un proceso habitual y creciente en las sociedades actuales, que incluso se establece de tal forma que es considerada un proceso natural.

Nadie dudaría en considerar que la apariencia del cuerpo femenino es su máximo sostén narcisista... Pero se trata de un cuerpo que es atravesado en consecuencia, por el significado sexual. La nena linda de la primera infancia se convierte en la escolar “que no va tener ningún problema en la vida”, en la inquietante “Lolita” en la pubertad... en la “bomba” adolescente... la nena linda será la mujer guapa. En términos de una equivalencia entre representaciones del cuerpo que sostengan la creencia en una completud, en un atributo que garantice un acceso al otro sexo, el cuerpo entero de la niña se instituye en un equivalente, por su importancia, al genital varón (360) [13].

San Miguel, T. en el 2002 [17], atribuye el origen del malestar por la cultura en las mujeres, a la condición de objeto sexual que recae de forma específica sobre el cuerpo femenino, toda vez que va a traer consecuencias desfavorables en la sexualidad femenina.

### **EL DISCURSO SOCIAL SOBRE LO FEMENINO, NO INCLUYE LA AGRESIVIDAD**

Otro punto espinoso que contribuye al malestar de las mujeres por la cultura, es el hecho innegable de que la cultura empuja a la mujer a sofocar su agresividad. Deutsch en [14] indica, que si bien algunas veces las muchachas pueden acceder a la actividad, no ocurre lo mismo en lo que se refiere a la agresión, la inhibición de la agresividad será justificada por la cultura desde sus tabúes y reforzada por una recompensa de amor. El prototipo de la mujer se torna de la actividad a la pasividad ante la renuncia de

la agresividad para ser amada, y en esta renuncia se tramitarán los impulsos hostiles que deben encontrar una salida, bajo la forma de un carácter masoquista. Deutsch enfatiza que el papel de los factores sociales en el reforzamiento de las inhibiciones agresivas, tienen como corolario que la mujer queda subordinada a la voluntad y al dominio del hombre.

Al respecto Dio Bleichmar [13] muestra que uno de los rasgos comunes en la configuración de la subjetividad femenina son las dificultades con la agresividad.

La madre debidamente normativizada como femenina reprime manifestaciones de hostilidad, rabia y agresividad...cuando aparece en público resulta escandalosa y vergonzante, de manera que queda confinada a la intimidad como lugar obligado pero aun avergonzante. La vuelta contra sí misma de la pulsión hace efecto sobre su cuerpo y mente y en extensión sobre la niña...el discurso de la feminidad no incluye la agresividad y si hace su aparición se codifica como manifestación de masculinidad, rivalidad fálica, deseos de castración. No existe en espacio legitimo para la agresividad del sujeto mujer, ni en el medio social, ni en la teoría (315) [13].

Levinton [14], ilustra cómo el género opera como una creencia matriz pasional que trasciende a cualquier argumento racional, así cualquier expresión de agresividad será censurada, porque atenta contra el modelo femenino, con aquello que les es legítimo, de tal forma que la mujer disfrazará o negará la agresividad, ya sea para evitar el castigo bajo la forma de la amenaza de abandono o pérdida de amor del otro, o bien por la crítica de un superyó que se muestra particularmente severo cuando no se cumplen los mandatos de género.

## **CONDICIONAMIENTOS SOCIALES PARA LA EXISTENCIA DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO**

Un malestar de extrema gravedad que se presenta con alta frecuencia en la vida de las mujeres, por el hecho de ser mujeres, es la violencia hacia el género femenino, misma que trae consigo una serie de consecuencias psíquicas y personales a las mujeres.

En este sentido Dio Bleichmar [13], considera que el fantasma masoquista con el que se sexualiza a la feminidad; no es otra cosa que una pulsión implantada por los adultos portadores de mensajes sexuales violentos, siendo que el adulto está atravesado por

su inconsciente y sus conflictos de género, quien le aporta el conjunto de esquemas y formatos presentes en las instituciones de lo simbólico, mismos que lo preexisten y por tanto también el adulto es preso de ellos, por eso la sexualidad para la niña es doblemente amenazante, por un lado esta la pulsión implantada y por otro la violencia a padecer.

Dio plantea la hipótesis de que la niña para dominar la angustia persecutoria que le provoca la victimización, recurre al romanticismo, al encubrimiento de la violencia y a la idealización del amor.

Si el amor mueve montañas también pacifica a «la bestia», como bien lo sabe «la bella», es decir, contrarresta las angustias persecutorias. Creemos que este es un argumento para repensar el poder seductor y la fascinación que el amor posee para la mujer (333) [13].

Dio [13] deduce que derivado de la incidencia de la violencia doméstica y el papel femenino en la sexualidad que reproduce el formato de género, macho fuerte agresivo, el guion de la victimización de la madre en el fantasma de la escena originaria, se mantiene latente en la fantasía de las mujeres. Además, la violencia existente del hombre hacia la mujer, no sólo es un fantasma de una teoría infantil, sino una realidad repetida propia de la feminidad; pues el incesto, el abuso, la explotación, el comercio, el maltrato, tienen como escenario privilegiado un cuerpo de mujer.

La tesis que sostiene Dio [13], es que por la violencia y la amenaza a la integridad corporal y a la estima del yo que proceden de la narrativa cultural femenina, la niña deberá reprimir con vigor una serie de cuestiones para poder entrar en la latencia.

La niña tendrá que metabolizar en una serie de escisiones en las representaciones de feminidad, formas del “eterno femenino” “arquetipos” más o menos modernizados o postmodernizados que afectan su posicionamiento ante la feminidad: mujeres honradas y ligeras, esposas y concubinas, amantes y prostitutas...mujeres repudiadas, solas, abandonadas, censuradas y condenadas por actividades sexuales ilícitas, madres solteras, mujeres violadas, etc. Ante este panorama amenazante la niña reprime el deseo e idealiza el amor, ya que se convierte en la garantía de su narcisismo del género y de la autoconservación de la integridad corporal (334) [13].

Fridman, I. en 2011 [18], describe cómo las teorías feministas han revelado los costos de la posición sexuada femenina dentro de la cultura, y de cómo esta posición obedece a entramados de poder. Advierte que las mujeres que padecen violencia de género, presentan fallas narcisísticas, originadas por la cultura que promueve la posición de objeto de deseo del otro; también la manifestación de patologías por "déficit", cuando el medio ambiente no proporciona el sostén adecuado para el buen desarrollo de ciertas capacidades, como consecuencia de la estructura patriarcal de la cultura que ha negado a las mujeres la capacidad deseante. Expresa que la consideración histórica de la inferioridad en la mujer ha generado subjetividades dependientes de aquellos sujetos a los cuales la cultura les otorga el lugar del deseo: los varones, quienes son los representantes del poder. La autora hace énfasis en cuestionar las postulaciones que relacionan a los vínculos violentos con el masoquismo de las mujeres, pues muchas veces lo que se observa, es más una angustia de perder a su pareja, que el hecho de la presencia de un masoquismo. Concluye que la subjetividad se constituye desde la construcción cultural; que no es el inconsciente lo que modela la posición de poder, sino que la estructuración inconsciente es obra de ese poder.

### **¿ES POSIBLE LA IGUALDAD DE LOS SEXOS?**

San Miguel [17], intenta persuadir en su trabajo doctoral, que la teoría freudiana sobre la diferencia de los sexos merece ser revisada, y que el concepto de género puede aportar a esclarecer las contradicciones de dicha concepción. Da cuenta de que las formas psíquicas, fantasías o creencias, con las que los niños de ambos sexos se representan, guardan una continuidad con los mitos sociales de origen cultural introyectados. Frida Saal por su parte en 1981 plantea:

El malestar que genera la diferencia sexual tiene mucho que ver con la producción misma de la cultura;...el malestar inducido por esta diferencia irreductible es la llave que organiza el deseo y abre un camino para la producción de la cultura" (139) [19].

Saal [19] especula que mientras no exista otra manera de organizar el deseo en favor de la prohibición del incesto, la desigualdad de los sexos seguirá existiendo; en tanto la diferencia es estructurante. Está desde el principio en el lenguaje y en la ley de la

prohibición del incesto, que han hecho hombre y mujer al padre y a la madre. Es la función paterna, la que separa a cada ser de la amenazante completud, impone una carencia, una castración motora del deseo que es requisito para que haya deseo. Pero aclara: “No existe ninguna esencialidad que corresponda a lo femenino y/o masculino. Que lo que es fundante es la existencia de la diferencia y que los contenidos en los que se visualizan uno y otro dependen de las condiciones particulares de la historia de un momento determinado” (162) [19].

Para Saal, tendría que desaparecer el orden cultural existente, para que las cosas cambiaran, por ahora el falo es el significante de la castración y de la carencia; lamentablemente “La apropiación de poder, la ocupación del lugar del falo, la asunción imaginaria de esa completud que no posee, trae como consecuencia la anulación de las mujeres” (165) [19]. Pero esta apropiación del poder no se sustenta en ninguna superioridad del hombre sobre la mujer, sólo es una condición necesaria para que pueda haber sujeto y cultura.

Lamas [4] esclarece que así como las mujeres y los hombres son resultado de una producción histórica y cultural, también son producto de una realidad psíquica, por lo que referirse exclusivamente a los factores culturales, eludiendo el papel del deseo y del inconsciente en la formación de la subjetividad, no permite comprender la complejidad del asunto, ya que no se pueden explicar solamente las vicisitudes de la diferencia sexual, desde el género y de su perspectiva social, hay que analizar también cuestiones relativas al ámbito psíquico.

Lamas [4] nos recuerda que Freud, cuestionaba la idea esencialista de que sólo por herencia genética o por condicionamiento social, las mujeres son femeninas y los hombres masculinos; él afirmaba que no hay nada más incierto que la masculinidad y la feminidad. Y es que en la identidad del sujeto se articulan subjetividad y cultura, ahí están presentes los hábitos y estereotipos culturales, la herida psíquica de la castración simbólica y los conflictos emocionales de su historia personal, por tanto la diferencia sexual como estructurante psíquico será lo fundante.

Silvia Bleichmar en 2006, explica que “La identidad de género...en tanto prioriza los modos histórico-sociales de producción de subjetividad, estos son insuficientes para dar cuenta de las formas de articulación del deseo que se genera en la intersección

entre los sistemas psíquicos” (107) [20].

De modo que en la construcción de la feminidad participan elementos del ámbito psíquico y del ámbito social, que tienen un peso específico y diferente en este proceso. Lamas lo explica de la siguiente manera:

Se piensa que lo que está en juego primordialmente son los actores sociales, y por lo tanto, que el conflicto se resuelve estableciendo nuevas reglas de convivencia. Pensar que las personas están configuradas sólo por lo cultural y lo social (por el género) es una visión reduccionista...Esto conduce a considerar las relaciones sociales de un modo muy simplista y voluntarista, como si el principio de igualdad fuera a modificar el estatuto de lo psíquico. Una cuestión es buscar la igualdad como una transformación deseable de las relaciones sociales...diferentes normas menos desventajosas para las mujeres y otra es que no se puede hacer de lo social un factor determinante de lo psíquico (70) [4].

Si bien no es posible la igualdad de los sexos, en tanto que la diferencia es fundante en la estructuración del psiquismo, no obstante la situación de la feminidad podría mejorar si los esquemas de género fueran menos desfavorables para mujer. Al respecto Lamas [4] concluye; nos acercaremos cada vez más al objetivo del feminismo, en la línea de reformular simbólica y políticamente una nueva definición de ser persona, de ser un ser humano y de ser un sujeto, ya sea cuerpo de mujer o hombre.

Sin embargo, cambiar el discurso cultural establecido en torno a la feminidad, y que genera en la mujer un malestar específico por la cultura, no es tarea sencilla. Piera Aulagnier en 1977 [21], nos revela que el discurso social proyecta sobre el infans, la misma anticipación que caracteriza al discurso parental, es decir, mucho antes de que haya nacido. Así el grupo social habrá precatextizado el lugar que cada uno ocupará, con la esperanza de que cada uno transmita idénticamente el modelo sociocultural. El discurso conjunto del grupo social pronuncia un número indeterminado de enunciados, que definen la realidad del mundo, la razón del ser del grupo y el origen de sus modelos que poseen una estructura inmutable para una cultura dada. El sujeto se apropia de una serie de enunciados que su voz repite, y que aportan la certeza de la existencia de un discurso acerca de la verdad de su pasado y de la posible verdad de su futuro.



Es por lo anterior que Dio Bleichmar [13], va a recalcar que algo que perturba bastante a la feminidad, es la feminidad misma tal cual está establecida, una sexualidad femenina con riesgos reales, una identidad femenina con desventajas instituidas en un discurso cultural que mitifica y devalúa a la feminidad.

Pese a lo ya expuesto en nuestro recorrido, nos acercamos poco a poco a una realidad distinta. Citamos las palabras Frida Saal:

ALGO ESTÁ PASANDO...Frente a la caducidad y al fracaso de muchos de los esquemas, hasta los cimientos se conmueven, y vemos que no hay foro de polémica e intercambio, en que la mujer no sea convocada. Y convocada en tanto mujer. Se busca, se espera una palabra nueva (167) [19].

## **CONCLUSIONES**

En este apartado, se tuvo como objetivo dar conocer diversas vicisitudes que atraviesan las mujeres, por hecho de ser mujeres en nuestra sociedad. En el ámbito cultural, la diferencia; pene-no pene, instala la principal posición que marca los conjuntos genéricos de hombres y mujeres. La mujer debe afrontar y lidiar con las desigualdades entre los géneros, en donde los hombres tienden a ocupar una posición superior y privilegiada. El formato de género que es un producto cultural, refuerza la docilidad, la inhibición de la agresividad, la sexualidad, así como crea condiciones para la violencia de género. De este modo, el impacto del discurso cultural en la subjetividad femenina, condiciona a la mujer a un malestar por la cultura, pues ella, devalúa y mitifica a la feminidad. La mujer debe sortear el impacto doloroso de una feminidad preformada que resulta ser molesta; y como consecuencia la manifestación una serie de conflictos psíquicos y personales. El malestar de la mujer por la cultura, es enfrentar la verdad dolorosa, de que se sigue identificando a la feminidad con la pasividad, con no poder ser sujeto, sino objeto; y padecer el miedo constante de perder el amor del otro.

Como pudimos señalar el displacer que subyace del ámbito psíquico en la estructuración de la feminidad no puede eludirse del todo, el papel de los contenidos inconscientes en el psiquismo, suele ser determinante en la formación de la

subjetividad femenina; lamentablemente, parte de las condiciones que generan displacer se entranan con la naturaleza de la feminidad, al mismo tiempo, la percepción de la diferencia de los sexos será fundante, o sea la diferencia es estructurante, ya que impone una carencia, una castración, que es requisito indispensable en la constitución de los sujetos. De esta manera no es posible la igualdad de los sexos. Pese a ello, la situación de la feminidad indudablemente mejoraría, si los esquemas de género fueran menos desfavorables para la mujer. El que el hombre detente el falo imaginariamente, no debería implicar consecuencias tan desfavorables para la mujer; esta situación no se sustenta en ninguna superioridad, sino más bien, es una condición necesaria para que pueda haber sujeto y cultura.

Ante este panorama desfavorable, resulta difícil y complicado ser una mujer en nuestra cultura; de ahí que hoy en día muchas mujeres cuestionan o rechazan el modelo tradicional femenino, expanden sus ideales y comienzan a subjetivarse como mujeres deseantes; aun así, los cambios han sido insuficientes, salirse del ideal femenino establecido por la cultura, deja espacio a sufrimientos y síntomas. Esperamos que este trabajo pueda sensibilizar a otros, para que cada vez más, la sociedad se permita aceptar una valía para cada género, más allá de su anatomía; y acaso más allá de lo estrictamente necesario.

## **BIBLIOGRAFÍA**

[1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior.

[2] FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

[3] FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

[4] LAMAS, M. (1994). Cuerpo: Diferencia Sexual y Género. Revista Debate Feminista. (10), 51-86.

[5] FREUD, S. (1932). 33a conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

- [6] FREUD, S. (1924a). El problema económico del masoquismo O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [7] FREUD, S. (1923). La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [8] FREUD, S. (1924b). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [9] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [10] FREUD, S. (1905). Tres ensayos de una teoría sexual. O.C. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [11] FREUD, S. (1930). El malestar en la cultura. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [12] ERRÁZURIZ, P. (2016, Septiembre). Psicoanálisis y estudios de género. CEGECAL. Disponible en: [http://www.facso.uchile.cl/psicologia/caps/\\_pdf/pn\\_y\\_género.pdf](http://www.facso.uchile.cl/psicologia/caps/_pdf/pn_y_género.pdf)
- [13] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós 2011.
- [14] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. Madrid: Biblioteca nueva.
- [15] BRISEÑO, A. (2009). La mitificación de la envidia del pene. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.
- [16] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.
- [17] SAN MIGUEL, T. (2002). El psicoanálisis: una teoría sin género. Masculinidad/ feminidad en la obra de Sigmund Freud. Resumen de tesis doctoral. Revista internacional de psicoanálisis. (016). Disponible en: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000280>
- [18] FRIDMAN, I. (2011 Abril). Clínica psicoanalítica, subjetividad y poder. Presentado en el Foro de Psicoanálisis y Género, APBA. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.psicomundo.com/foros/género/fridman.htm>

[19] SAAL, F. (1981). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En: A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud. México: Siglo XXI, 2015.

[20] BLEICHMAR, S. (2006). Paradojas de la sexualidad masculina. Buenos Aires: Paidós 2015.

[21] AULAGNIER, P. (1977). La violencia de la Interpretación. Del Pictograma al Enunciado. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.